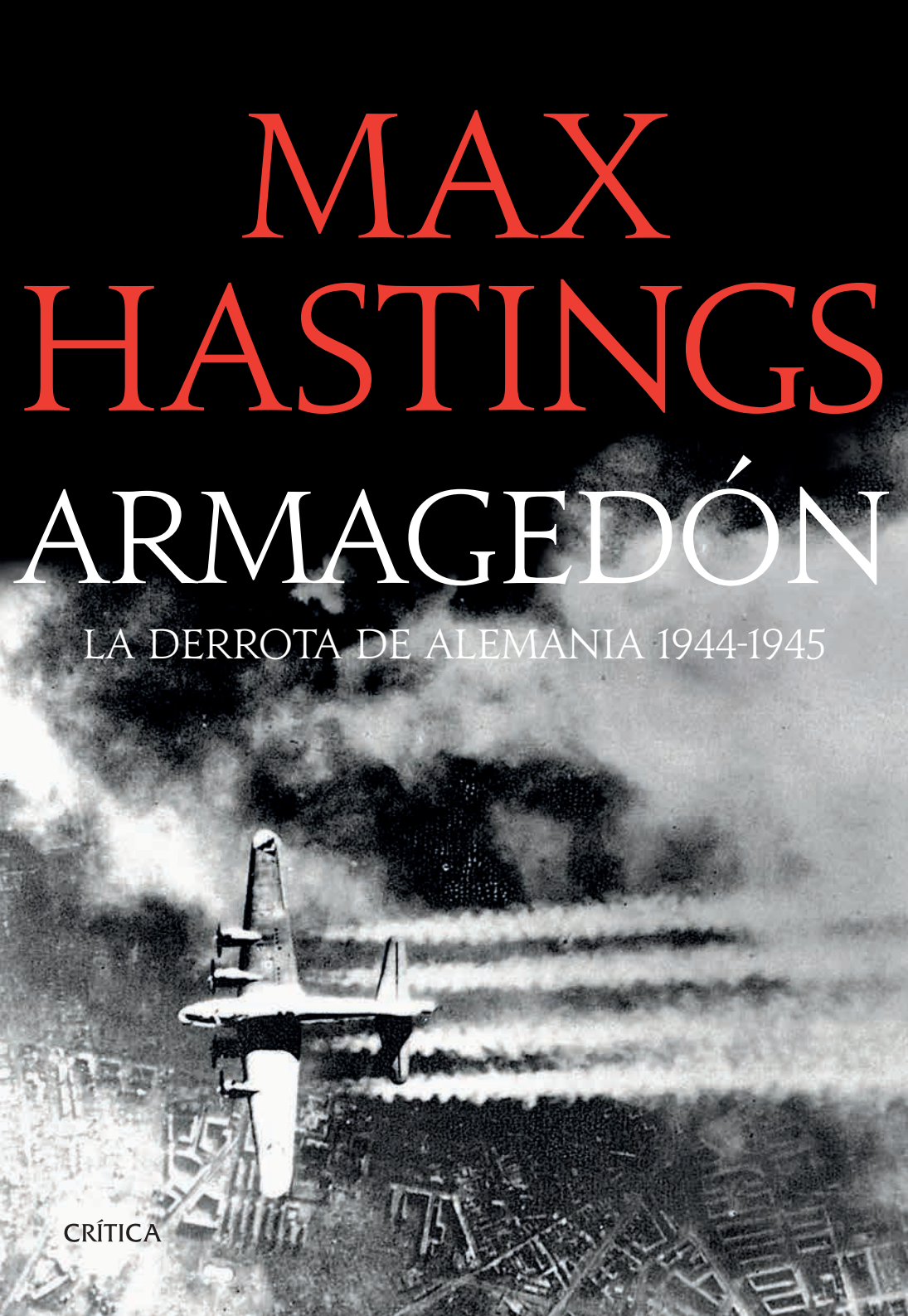


MAX HASTINGS ARMAGEDÓN

LA DERROTA DE ALEMANIA 1944-1945

CRÍTICA



MAX HASTINGS

ARMAGEDÓN

La derrota de Alemania,
1944-1945

Traducción castellana de
David León Gómez

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2005

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2016

Armagedón. La derrota de Alemania 1944-1945

Max Hastings

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Armageddon. The Battle for Germany, 1944-1945*

© Max Hastings, 2004

© de la traducción, David León, 2005

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-938-6

Depósito legal: B. 2774 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Introducción</i>	11
<i>Principales comandantes y sus fuerzas militares</i>	21
1. TIEMPOS DE ESPERANZA	29
Aliados: tal para cual	29
«Todo va de maravilla»	45
El triunfante Montgomery	64
2. LOS PUENTES DE ARNHEM	75
El desembarco aéreo	75
El cataclismo	93
3. LAS FRONTERAS ALEMANAS	119
Los sueños se desvanecen	119
La tormenta de acero	135
4. LOS SOVIÉTICOS EN EL VÍSTULA	167
El caudillo soviético	167
La agonía de Varsovia	173
«En 1944, éramos otros»	185
Miedos, amores y partido	206
5. CUARTELES DE INVIERNO	225
El Escalda	225
Vivir y morir	234

6. ALEMANIA SITIADA	255
Sombras de derrota	255
Soldados	269
7. EL INFIERNO DEL BOSQUE DE HÜRTGEN	285
La lucha entre los árboles	285
Tensiones de combate	296
Un atoladero	302
8. LA EPOPEYA ESTADOUNIDENSE DE LAS ARDENAS	315
Estación de «noche, niebla y nieve»	315
Contener la oleada	337
El repliegue alemán	364
9. LA OFENSIVA DE STALIN	377
Se desata la tormenta	377
Una brecha en el Óder	397
10. SANGRE Y HIELO EN PRUSIA ORIENTAL	411
Un idilio hecho añicos	411
El peor viaje del mundo	431
«Aquél fue nuestro Holocausto, aunque a nadie le importe»	446
11. FUEGO EN EL FIRMAMENTO	467
Paladines de los bombarderos	467
Libs, lancs y forts	484
Aviones de caza	502
Blancos	509
12. EJÉRCITOS EN EL RIN	525
Las rutas hacia el río	525
Alemanes	549
Remagen y Wesel	563
13. PRISIONEROS DEL REICH	587
Los privilegiados	590
Los condenados	605
El hambre de una nación	627

14. EL FRENTE OCCIDENTAL SE DESMORONA	643
La decisión de Eisenhower	643
Rumbo al Elba	655
El momento final	672
15. «LA TIERRA TEMBLARÁ CUANDO DEJEMOS LA ESCENA»	687
El abismo	687
Hitler kaputt! Hitler kaputt!	705
16. EL AMARGO FINAL	733
Justo castigo	733
A casa	758
<i>Agradecimientos</i>	785
<i>Fuentes y referencias</i>	791
<i>Índice alfabético</i>	831
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	851

Tiempos de esperanza

ALIADOS: TAL PARA CUAL¹

El día 1 de septiembre de 1944 se cumplía el quinto aniversario de la invasión alemana de Polonia, acción bélica que había desencadenado la segunda guerra mundial. A esas alturas, las facciones en liza llevaban enfrentadas nueve meses más de los que había durado, en total, el anterior conflicto mundial, la llamada, hasta entonces, Gran Guerra. No obstante, en la de 1914-1918 apenas perdieron la vida nueve millones de personas, en tanto que su sucesora estaba llamada a quintuplicar, cuando menos, esta cifra. Una inmensa mayoría de quienes morirían en ella lo haría en la Unión Soviética o en China: sus defunciones pasarían, en gran medida, inadvertidas a los occidentales de entonces y los de épocas posteriores.

Los británicos gustan de congratularse, en cierto modo, del papel que representaron en el conflicto, por cuanto Francia, el Reino Unido y sus dominios fueron los únicos beligerantes que entraron en él de forma voluntaria, movidos por el deseo de plantar cara al totalitarismo por principio y respaldar la libertad del pueblo polaco, más que en calidad de víctimas de una agresión o atraídos por posibles botines. El genial desafío presentado por Churchill en 1940 atenuó el triunfo logrado por Hitler en la Europa occidental aquel mismo año. De no haber contado con su talento, es muy probable que el Reino Unido hubiese pedido la paz. Llegado junio de 1940, no había posibilidad alguna de que las armas británicas llegasen a derrotar a Alemania o, al menos, a representar un papel esencial en la victoria. Con todo, no deja de ser propio de la indulgencia

para consigo mismos que caracteriza a los británicos el que, cuando Hitler invadió Rusia en junio de 1941, los más precavidos de ellos se estremeciesen asqueados ante la idea de luchar codo a codo con soviéticos manchados de sangre, aun cuando su participación supusiera la primera oportunidad —tal vez la única real— que se presentaba de derrotar a Hitler.

En la excelente trilogía de Evelyn Waugh *Espada de honor*, el oficial británico Guy Crouchback abraza la causa bélica en 1939 como una cruzada contra el mundo moderno en armas, pero acaba por perder la fe cuando su país se alía con los rusos. La historia pertenece al mundo de la ficción, si bien está basada en la cruda realidad, tal como demuestra la afirmación de sir John Dill, jefe del Ejército británico, quien aseguró, en 1941, que consideraba a los rusos «lo bastante idiotas para hacerle odiar la idea de establecer cualquier asociación estrecha con ellos».² Sir Alan Brooke, sucesor de Dill en calidad de jefe del estado mayor general imperial, los veía, en un principio, con desdén, tanto en lo moral como en lo militar. El gobierno de Churchill emprendió una ambiciosa campaña propagandística destinada a convencer a su pueblo de que el «tío Joe» (o sea, Stalin) y su nación eran amantes de la libertad dignos de encomio. Y tuvo tanto éxito que, en 1945, le resultó bastante difícil echar por tierra la falsa imagen que de ellos se había formado el público y divulgar la noticia de que acaso la Unión Soviética no fuese, a la postre, tan buena como parecía.

De cualquier modo, si la conversión de los soviéticos en aliados dio pie a opiniones equívocas, lo cierto es que la entrada de Estados Unidos en la contienda fue objeto de pródigas celebraciones. «¡Al final, hemos ganado!», exclamó, alborozado, Winston Churchill al saber del ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941.³ Entre esta fecha y el mes de mayo de 1945, los norteamericanos consagraron el 85 por 100 de su potencial bélico a la lucha contra Alemania. Sin embargo, por paradójico que resulte, no fueron muchos los que albergaron, en relación con los alemanes, una animosidad tan honda como la que profesaban a los «bárbaros amarillos» que habían arremetido contra su base naval en Hawái. «Los alemanes no me despertaron jamás un gran odio —aseveró Nicholas Kafkalas, capitán de veinticuatro años al mando de una compañía de infantería de la 10.^a división blindada destacada en el noroeste europeo—. Eran muy buenos soldados. Muchos norteamericanos se sentían menos enfrentados con ellos que con los japoneses.»⁴ Llegado el otoño de 1944, las armas y demás pertrechos proporcionados por el poderío industrial de Es-

tados Unidos hicieron que ningún aliado dudase de su inminente victoria. No obstante, la gratitud del pueblo británico, extenuado, maltratado y hambriento, se tiñó de resentimiento ante la imagen de decenas de miles de estadounidenses impetuosos y rozagantes, limpios y ricos, saliendo en tropel de las embarcaciones de su ejército para reunirse con las tropas de Eisenhower. A su parecer, los soldados del Nuevo Mundo llegaban a recoger los frutos de la victoria sin haber compartido el dolor sufrido por los europeos.

Leyendo los diarios británicos, un universitario de treinta y dos años que servía en calidad de historiador en el Ejército estadounidense en septiembre de 1944 reparó en los temores que expresaba la prensa a que los norteamericanos pretendiesen ser reconocidos como los únicos artífices del triunfo sobre el enemigo.

Por desgracia [para ellos], nada puede impedir que nuestro pueblo reclame para sí la victoria —vaticinó Forrest Pogue—. Nuestros hombres están convencidos de que los británicos son lentos y sobrestiman su [propia] contribución al resultado global. Los británicos nunca recibirán el reconocimiento que merecen por su aportación al triunfo bélico, ya que su mayor mérito consistió en resistir durante el período de 1939-1942. Se trata de una lucha pasiva, por lo que su fama acabará por marchitarse ... Lo más seguro es que a la Unión Soviética se le reste importancia en un futuro en nuestra patria ... Su sacrificio activo quebrantó la solidez de Alemania e hizo posible el desembarco [de Normandía]. Sin embargo, eran nuestras la voz y la mano tendida que alentaron a los ingleses a seguir luchando y subsanaron las terribles pérdidas materiales sufridas por los soviéticos.⁵

Y tenía razón.

Winston Churchill, que en 1940 había evitado el triunfo de Hitler gracias a su irracional testarudez, disfrutó de los años de victoria mucho menos de lo que había esperado. Al igual que su pueblo, estaba tan cansado como habría estado cualquier otro hombre de sesenta y nueve años en su situación, y adolecía de una creciente mala salud. Sabía que su ascendiente era cada vez menor en el seno de la «Gran Alianza» del Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética, y eso lo había convertido en un ser desdichado. Lo atormentaba el temor de que la tiranía ejercida por Hitler en la Europa oriental pudiese ser suplantada por la de Stalin. En 1940, el primer ministro británico había sido el adalid del único bastión capaz de oponer resistencia a los nazis; dos años después, los soviéticos seguían tratándolo con morboso recelo debido a que era un antiguo im-

perialista, enemigo de la revolución, y Estados Unidos profesaba cierta deferencia a su grandeza y a la experiencia bélica de su nación. Sin embargo, desde 1943, su influencia sobre los demás miembros de la alianza menguó hasta el punto de llegar casi a extinguirse. La Unión Soviética mostró para con su persona la gélida arrogancia que consideraba que merecía en cuanto patrocinador del sangriento sacrificio necesario para mantener a raya al imperio de Hitler. Los estadounidenses dejaron bien clara su intención de determinar cuál sería la estrategia que debería seguirse en el frente occidental, así como la de invadir Normandía en verano de 1944 (Operación Overlord), en un momento en que su poderío se hallaba en alza y el de los británicos se desmoronaba.

«Antes de la Operación Overlord —escribió el secretario personal de Churchill cuando ya todo había acabado—, se vio a sí mismo como la autoridad suprema a la que se consultaban todas y cada una de las decisiones militares. Ahora, las circunstancias lo han reducido a poco más que un espectador.»⁶ El propio aludido no pudo menos de reconocerlo: «Hasta julio de 1944, la voz de Inglaterra tenía un peso considerable; pero desde aquel momento, no pasé por alto que era América la que tomaba las decisiones importantes».⁷ En 1944, Estados Unidos produjo tantas armas como la suma de las potencias del Eje —el 40 por 100 de todo el armamento empleado por los que combatían en los frentes de la segunda guerra mundial—. Las tensiones entre el primer ministro británico y el presidente estadounidense aumentaron. En palabras del historiador John Grigg, «Roosevelt envidiaba el genio de Churchill, y éste sentía otro tanto por el creciente poder de aquél».⁸ La cordialidad que manifestaban ambos durante sus encuentros públicos enmascaraba una gran frialdad, que se destapaba en privado y que iba ligada, sobre todo, a la impaciencia de que daba muestras Roosevelt para con Churchill, más marcada aún en los meses finales de la contienda.

Si bien su vida era reflejo de los más elevados ideales, lo cierto es que el gobernante norteamericano era un nombre mucho menos sentimental y más despiadado que el inglés. Poseía, según asegura su biógrafo más reciente, «una visión del mundo más perspicaz y menos romántica que Churchill».⁹ Tal aserto está justificado en la medida en que, mientras que Roosevelt reconoció que la era de los imperios había llegado a su fin, el corazón de Churchill se negó a aceptar lo que le dictaba el cerebro a este respecto. Con todo, cualquier teoría que sostenga que aquél gozaba de una mayor sensatez que éste resulta poco convincente si tenemos en cuenta que no fue capaz de percibir, como hizo el primer ministro, el mal

que representaban Iósiv Stalin y la Unión Soviética. Acaso sea cierto que los aliados occidentales carecían del poderío militar necesario para evitar la destrucción del Este europeo llevada a cabo por los soviéticos; pero no por ello tiene la posteridad menos derecho a lamentar que Roosevelt hubiese mostrado semejante indiferencia en torno a este hecho.

Los británicos consideraban que ni el presidente ni —pese a su grandeza en calidad de principal conductor del empeño bélico estadounidense— el jefe del estado mayor de su ejército, George Marshall, estaban en posesión de la pericia táctica necesaria para terminar la guerra con rapidez. Tal como lo expresa uno de los mejores historiadores de las relaciones angloamericanas en aquel período: «A medida que se redujo su dominio durante los últimos años de su vida ..., el presidente se convirtió, en algunos sentidos, en un estorbo para la consecución de los objetivos de Estados Unidos y sus aliados ... [S]u negativa a afrontar los hechos relativos a su propio estado de salud ... hace pensar, más que en un acto de heroísmo, tal como se afirma a menudo, en una actitud irresponsable, así como en un errado convencimiento de su propio carácter indispensable, cuando no en un excesivo apego al poder».¹⁰ Aun cuando semejante veredicto peca, tal vez, de severo en demasía, y pasa por alto la posibilidad, nada desdeñable, de que, en enero de 1945, saliese electo un presidente menos imponente que Harry S. Truman, no resulta fácil cuestionar la afirmación de que la sensatez de Roosevelt comenzaba a fallar, habida cuenta de que los acontecimientos se escaparon, visiblemente, de sus manos desde su campaña de reelección en 1944 hasta su muerte, ocurrida en abril del año siguiente.

De cualquier modo, lo cierto es que la perspicacia estadounidense en torno a la decisión estratégica más importante de la guerra en Occidente —es decir, el asalto al continente europeo— había resultado ser mayor que la de los británicos. En una fecha tan tardía como el invierno de 1943-1944, Churchill seguía manteniendo la lucha de retaguardia en pos de su anhelada estrategia mediterránea. Había concebido la quimera de penetrar en Alemania a través de Italia y Yugoslavia, y no había abandonado sus instintivas ansias de retrasar una posible invasión del noroeste de Europa, que, según temía, podía convertirse en un baño de sangre digno de la primera guerra mundial. Su conciencia se veía acosada por la penosa experiencia de las limitaciones de las fuerzas aliadas frente a las de la Wehrmacht, la mayor máquina de guerra que jamás hubiese conocido el mundo. El primer ministro reconoció en todo momento que, más tarde o más temprano, sería inevitable un enfrentamiento en Francia y,



sin embargo, por insólito que resulte, parecía querer retrasarlo cuanto fuera posible. El general sir John Kennedy,* director de operaciones militares del Ejército británico, escribió tras la guerra que habría dudado de efectuar la invasión de Normandía antes de 1945 de no haber sido por la insistencia de los jefes del alto mando estadounidense. «El respaldo de los norteamericanos a la idea de desembarcar en Francia en 1944 era, sin sombra de duda, “más fuerte” que el nuestro.»¹¹ Franklin Roosevelt podía reclamar para sí el mérito de instar que el Día D tuviese lugar en la fecha que hoy conocemos. Marshall, de igual modo, declaró, no sin justicia, que uno de sus principales logros durante la guerra fue oponerse a las excentricidades de Churchill.

En verano de 1944, Estados Unidos demostró de manera triunfal en el campo de batalla lo acertado de la confianza que había depositado en la Operación Overlord. Tras diez semanas de intensa lucha en Normandía, las fuerzas alemanas se vieron sometidas a una aplastante derrota: los restos maltrechos de los ejércitos de Hitler hubieron de retirarse hacia delante y dejar atrás, destrozados, casi todos sus carros de combate y sus cañones. Los aliados, que habían dado por hecho que tendrían que conquistar Francia río a río, campo a campo, se encontraron, por el contrario, con que París cayó sin necesidad alguna de lucha. En los albores del mes de septiembre, las columnas británicas irrumpieron en una alborozada Bruselas, donde fueron objeto de una bienvenida mucho más calurosa que la que les habían dispensado los franceses, dolidos por profundas heridas políticas y psicológicas. «Daba la impresión de que los belgas sentían que habían cumplido su parte comiéndose todo el alimento disponible durante la guerra», comenta lord Carrington, capitán de la división blindada de guardias.¹² Como muchos otros soldados aliados, había quedado pasmado por la abundancia que había encontrado en Bélgica después de haber pasado años de privaciones en el Reino Unido. El 1.º ejército estadounidense de Courtney Hodges llegó por esas fechas a las fronteras de Alemania, en tanto que la vanguardia del 3.º de George Patton alcanzaba el curso alto del Mosela. Había extensas zonas que habían quedado sin defensa por parte de los nazis, y las líneas enemigas estaban resguardadas por unas cuantas divisiones debilitadas, respaldadas tan sólo por meras compañías de carros de combate, insuficientes ante las legiones blindadas con que contaban los angloamericanos. Durante un puña-

* Todas las graduaciones militares que se ofrecen en el texto corresponden a las fechas de los acontecimientos descritos.

do de días felices, el regocijo y el optimismo de los aliados no conocieron límites.

Mientras tanto, en el frente oriental, los soviéticos se jactaban de toda una serie de triunfos obtenidos en el marco de la Operación Bragatión a fin de equipararse a estadounidenses y británicos. Y lo cierto es, en todo caso, que sus logros fueron mucho mayores, por cuanto sus fuerzas armadas tuvieron que enfrentarse a tres divisiones alemanas por cada una de las desplegadas en Francia. Entre el 4 de julio y el 29 de agosto, el Ejército Rojo avanzó unos quinientos kilómetros en dirección oeste a partir de la línea de partida de la ofensiva efectuada aquel verano en el norte. El fervor del odio que profesaban los rusos a su enemigo se vio intensificado por el espectáculo desolador que encontraron en Bielorrusia a medida que fueron retirándose los alemanes: cultivos arrasados, campos sin rastro de ganado, un millón de casas quemadas y la mayor parte de la población muerta o deportada para ser destinada a trabajos forzados. No obstante haber soportado ya dos años de guerra, Vitold Kubaševski, soldado raso del 3.^{er} frente bielorruso, no pudo menos de estremerse, horrorizado, por lo que vio allí. En cierta ocasión, tras percibir cierto hedor procedente de una cabaña situada al lado de una iglesia y entrar a inspeccionarla, él y el resto de su pelotón se toparon con un montón de cadáveres de granjeros del lugar, apilados y en descomposición.¹³ Cuando los corresponsales de guerra informaron del hallazgo del campo de exterminio nazi de Majdanek, en Polonia, donde seguían amontonadas en el horno crematorio las cenizas de doscientas mil personas, algunos medios de comunicación occidentales —incluida la BBC— se negaron a publicar sus despachos por sospechar que se trataba de alguna estratagema propagandística de los soviéticos. El *New York Herald Tribune* escribió: «Tal vez deberíamos esperar a la confirmación de tan terrible noticia ... A pesar de todo lo que ya sabemos de la crueldad maníaca de los nazis, este nuevo caso resulta inconcebible».¹⁴

Llegado septiembre, el Ejército Rojo había recuperado casi todo el territorio perdido desde 1941. Las gentes de Stalin, que habían logrado su victoria decisiva sobre Alemania en Kursk, en julio de 1943, se hallaban a la sazón a las puertas de Prusia Oriental, y en el Vístula, a pocos kilómetros de Varsovia. Los alemanes apenas contaban con un pequeño punto de apoyo en Lituania. Más al sur, los soviéticos se habían introducido en Rumanía hasta tal punto que se hallaban luchando cerca de la capital, Bucarest. Sólo en los Cárpatos había logrado retener Alemania una estrecha franja de suelo soviético. El número de bajas causaba pavor.

Cincuenta y siete mil prisioneros tuvieron que atravesar las calles de Moscú el 17 de julio, abucheados y apedreados por los niños moscovitas. Entre los que observaban la escena había una niña de seis años, tan condicionada por las imágenes del enemigo que había difundido la propaganda, que no pudo menos de asombrarse al comprobar que aquellos alemanes tenían rostros humanos, y no los rasgos propios de bestias salvajes que había esperado.¹⁵ La mayoría de los adultos asistía a aquel desfile sumida en un lúgubre silencio. Aun así, cierto corresponsal occidental que observaba aquella columna de presos que avanzaban arrastrando los pies se sorprendió al oír a una rusa musitar: «Como nuestros pobres muchachos ... arrastrados a la guerra».¹⁶ Entre julio y septiembre, los ejércitos de Hitler perdieron a 215.000 hombres muertos en combate, en tanto que el número de desaparecidos y capturados en el frente oriental ascendía a 627.000. En total, quedaron destrozadas ciento seis divisiones. Las pérdidas globales sufridas por Alemania en el Este aquel verano (más de dos millones, entre muertos, heridos, presos y desaparecidos) hacían parecer insignificantes las de Stalingrado. Apenas cabe sorprenderse de que Stalin y sus mariscales adoptasen una actitud de desdén con respecto a los éxitos logrados en Francia por británicos y estadounidenses. Un estudio reciente publicado en Estados Unidos ha descrito la Bragatión como «la operación terrestre más impresionante de la guerra».¹⁷ Lo cierto, sin embargo, es que lo fue tanto por sus logros como por su coste en vidas humanas: las victorias rusas de aquel verano se saldaron con 243.508 soldados del Ejército Rojo muertos y 811.603 heridos.

Durante la segunda semana de agosto, los mariscales Gueorgui Zhúkov, que había dirigido de forma magistral las operaciones estivales de los dos frentes bielorrusos, y Konstantín Rokossovski, su subordinado inmediato en el 1.º frente, consideraron, junto con Stalin, la posibilidad de lanzar una ofensiva a través de Polonia, en dirección oeste, con el objetivo de alcanzar, finalmente, Berlín. La idea acabó por descartarse por prematura, toda vez que las fuerzas de Rokossovski se hallaban agotadas tras el prolongado avance que acababan de protagonizar. Además, convencido de que podía cosechar mayores éxitos en otros terrenos, el dirigente soviético prefirió centrar sus fuerzas, en primer lugar, en emprender nuevas operaciones en el frente del Báltico, donde aún resistían treinta divisiones alemanas en territorios costeros —algunos de los cuales lograron retener hasta mayo de 1945— y, en segundo lugar, en una serie de ofensivas de relieve en los Balcanes, donde había varios países en condiciones de ser sometidos por Moscú.

En lo militar, esta última campaña era racional, aunque no esencial; en lo político, sin embargo, la tentación resultaba irresistible desde el punto de vista de Stalin. El 20 de agosto, el Ejército Rojo envió a un millón de hombres a Rumanía, país al que sabían deseoso de abandonar la causa de Hitler. Los bombardeos aliados estaban destrozando la industria petrolera del país, y el gobierno rumano llevaba varios meses explorando la posibilidad de negociar con Moscú el cambio de bando. Durante el primer día del ataque, los soviéticos avanzaron cuarenta kilómetros en zonas que los ejércitos de Bucarest defendían con muy poca convicción. El 23 de agosto, tras un golpe de Estado en la capital, Rumanía anunció su respaldo a los aliados. Este inesperado giro cogió totalmente por sorpresa a los servicios secretos alemanes, que siempre fueron el sector más débil del empeño bélico del Führer. La nación recién conquistada permitió al Ejército Rojo acceder al delta del Danubio, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Austria y Checoslovaquia. Unos setenta mil soldados alemanes efectuaron una ruptura feroz y brillante del envolvimiento soviético; pero fueron muchos más los que se encontraron aislados. El Ejército Rojo entró en Bucarest el 31 de agosto, después de avanzar un total de cuatrocientos kilómetros en doce días. Aunque de un modo poco eficaz, el Ejército rumano había luchado junto con el alemán en las campañas de Hitler en suelo soviético; de modo que cuando, tras el cambio de bando, llegó a Moscú la delegación de Rumanía y fue conducida al despacho del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Molótov no dudó en preguntar con desdén a sus integrantes: «¿Qué estabais buscando en Stalingrado?».¹⁸

En Bucarest, el escritor judío Iosif Hechter dejó constancia, en su diario, del espíritu de «desconcierto, temor, duda» imperante:

Soldados soviéticos que violan a las mujeres ... Soldados que detienen a los coches en la calle, y ordenan salir al conductor y los pasajeros para ponerse después tras el volante y desaparecer. Esta tarde, tres de ellos han irrumpido en casa de Zaharia, han hurgado en la caja fuerte y se han dado a la fuga con algunos relojes ... No puedo considerar trágicos estos incidentes y accidentes: se me hacen normales, y aun justos. Rumanía no tiene derecho a salir ilesa de esta situación. Esta despreocupada y opulenta Bucarest constituye una provocación para un ejército venido de un país que ha quedado yermo.¹⁹

Mientras Hechter y los que, como él, habían visto alejarse el fantasma de los campos de exterminio se rompían las manos aplaudiendo a las columnas soviéticas que desfilaban por las calles de su ciudad, otros ru-

manos «observaban con recelo a los “entusiastas judacas”». Hechter miraba de hito en hito a los soldados rojos, extenuados, sucios y a menudo andrajosos, y se decía: «No parecen gran cosa y, sin embargo, están conquistando el mundo».²⁰

Pese a que el avance soviético se hacía cada vez más lento debido a las dificultades de abastecimiento y mantenimiento, sus ejércitos consiguieron mantenerlo durante todo el mes de septiembre. La batalla por Rumanía causó unas 230.000 bajas entre los alemanes, en tanto que la Unión Soviética perdió 46.783 hombres (a los que hay que sumar 171.426 heridos), 2.200 carros de combate y 528 aviones. Para no perder de vista la diferencia entre los frentes oriental y occidental, debemos tener en cuenta que una de las operaciones soviéticas menos sangrientas de 1944 y 1945 supuso para sus fuerzas armadas un número de víctimas mayor que las sufridas por británicos y canadienses durante toda la campaña del noroeste europeo. Bulgaria, sin embargo, cayó sin que hubiese que disparar una sola bala. No bien hubieron cruzado sus fronteras el 8 de septiembre, las tropas rusas fueron objeto de un caluroso recibimiento por parte de aquellos que, en teoría, eran sus adversarios, que no habían dudado en formar con banderas rojas desplegadas y bandas de música.

Casi ninguno de los soldados soviéticos que estaban entrando en tropel en la Europa oriental había puesto jamás un pie fuera de su país, por lo que no pudieron menos de sentirse fascinados —y en ocasiones, también asqueados— por todo un cúmulo de novedades. «Los rusos tenían Polonia por un Estado capitalista y burgués hostil para con la Unión Soviética»,²¹ escribe cierta historiadora rusa. Un soldado compatriota suyo reconoció: «No puedo decir que le tuviésemos mucho afecto a Polonia. Para nosotros no había nada en aquel país que pudiésemos considerar noble. Todo era burgués y banal. Nos miraban de un modo muy poco amistoso, y no querían otra cosa que timar a sus liberadores».²² Los soldados del Ejército Rojo tenían orden de respetar las propiedades de los polacos, si bien fueron pocos los que la acataron. Cuando, en determinada ocasión, se reprendió a uno de ellos por robar una oveja, sus camaradas no dudaron en protestar. «¡Vamos!», dijimos —recuerda uno de los presentes—. «¿Qué supone una oveja? Este hombre ha estado luchando desde la batalla de Stalingrado.»²³

El teniente Valentín Krulik no podía entender por qué los campesinos rumanos dejaban salir el humo de la cocina por la puerta principal de sus hogares, hasta que supo que el gobierno había impuesto gravámenes sobre el uso de las chimeneas. Después de ser testigos de la desesperada

pobreza que sufrían las zonas rurales del país, él y sus hombres quedaron estupefactos al topar con una capital iluminada con profusión, donde los comercios estaban abiertos y llenos de género.²⁴ Cuando atravesó, montado en su todoterreno Willys y dirigiendo una batería de artillería, los primeros pueblos búlgaros, el comandante Dmitri Kalafati y los vehículos que lo acompañaban tuvieron que soportar un verdadero bombardeo de sandías. Las primeras tropas del lugar con las que se encontraron se limitaron a decirles: «No tenemos intención de oponer resistencia». Kalafati pudo, así, recorrer Bulgaria sin encontrar obstáculo alguno y entrar en Yugoslavia sobre su querido Jeep con el comandante del 3.º frente ucraniano. A los soviéticos les gustó el país, si bien algunos consideraban que los yugoslavos, y en especial los guerrilleros comunistas de Tito, eran arrogantes y altaneros: «Parecían mirarnos por encima del hombro». ²⁵ El teniente Vladímir Gormin, uno de los artilleros rusos que respaldaba a los yugoslavos, admiraba el espíritu de los partisanos, aunque no acababa de entender las bondades tácticas que poseía la práctica de avanzar hacia el combate detrás de un acordeonista que entonaba canciones patrióticas.²⁶ La unidad de transmisiones de Yulia Pozdniakova estuvo un tiempo acantonada en el inmenso castillo de un noble de Polonia. Entre los parterres del jardín había dispuestos relieves en piedra de diversos polacos que habían luchado con las huestes napoleónicas en Rusia en 1812. A la joven se la llevaban los demonios. «Me indignaba que alguien pudiese vivir como lo había hecho aquel conde, con todo servido en bandeja de plata. Nunca había visto nada parecido en Rusia: aquellos colosales baños, aquellas estatuas de mujeres desnudas labradas en mármol... No podía ser bueno.»²⁷

Es algo común a todos los soldados, sea cual fuere su guerra, la tendencia a centrarse de manera irrefrenable en sus propias perspectivas de vida o muerte, sin pensar demasiado en batallas distantes. Los del Ejército Rojo se preocupaban poco por lo que estuviesen haciendo sus aliados, si bien estaban agradecidos a los norteamericanos por los camiones y las latas de carne en conserva que les habían proporcionado. Entre otras muchas mercancías, Estados Unidos suministró a la Unión Soviética quinientos mil vehículos, treinta y cinco mil equipos de radio, trescientos ochenta mil teléfonos de campaña y más de millón y medio de kilómetros de cable de telecomunicaciones. Muy pocos de los soldados soviéticos llegaron a saber que invadieron Berlín con botas de fabricación norteamericana, conseguidas por su ejército en virtud del Pacto de Préstamo y Arriendo, o que buena parte de la producción aeronáutica de su país de-

pendía de la provisión estadounidense de aluminio. Moscú tampoco reconoció jamás que, desde finales de 1943, sólo había en el frente oriental un 20 por 100 de los aviones de la Luftwaffe, siendo así que el resto se hallaba luchando contra los aliados occidentales en el cielo de Alemania.

Las embarcaciones estadounidenses que transportaban ingentes cargamentos de material bélico eran sometidas a una estricta cuarentena en los puertos soviéticos, durante la cual se trataba a todos y cada uno de sus tripulantes como espías en potencia, captores políticos de ciudadanos soviéticos. «Tres de nuestros agentes se han mezclado con el personal de descarga del muelle —informó el jefe local de la NKVD a Lavrenti Beria, adalid del aparato de seguridad de Stalin, después de que arribase a Sebastopol un buque de carga norteamericano—, con objeto de evitar los posibles intentos de introducir espías estadounidenses en el puerto, contener a los elementos subversivos que pudiera haber entre la tripulación e impedir cualquier contacto entre ésta y el personal portuario. También se ha recurrido a una serie de agentes femeninos con instrucciones específicas de mantenerse en estrecho contacto con los oficiales que desembarquen.»²⁸ De cualquier manera, Roosevelt seguía creyendo que podía negociar con Stalin de un modo que le estaba vedado a Churchill. El embajador estadounidense en Moscú, Averell Harri-man, cuya concepción del Estado soviético se había tornado mucho más pesimista, lo visitó en noviembre de 1944 a fin de recomendarle encarecidamente que adoptara una actitud mucho más inflexible con respecto a Stalin. Salió del encuentro descorazonado. «No creo haber convencido al presidente de la necesidad de una política firme y vigilante», escribió.²⁹ A muchos de sus compatriotas les preocupaban más las ambiciones imperialistas que pudiesen conservar sus aliados del Reino Unido que los designios de los soviéticos en lo tocante a la Europa oriental. «Los británicos son capaces de tomar tierra en cualquier lugar del mundo, aunque sea una roca o un banco de arena», fue el mordaz comentario que hizo Roosevelt a su secretario de Estado.³⁰ Por su parte, un lector del *San Francisco Chronicle* se quejó en una carta al periódico de que «los muchachos de Norteamérica estén derramando su sangre en Europa para proteger su poderoso imperio ... Ayer, cuando estaba en apuros, Inglaterra imploraba ayuda para derrotar a su arrogante enemigo, y hoy, que tiene asegurada la victoria a costa de la sangre y la riqueza de Norteamérica, es ella la arrogante». Washington se esforzó con denuedo para mantener vivas sus relaciones con Moscú, pese a los implacables desaires soviéticos.

Los rusos abrigaban bastante desprecio —que Stalin no se encargó precisamente de atenuar— por los tardíos logros de la Operación Overlord. «Hablamos muy poco del segundo frente —aseguró el comandante de artillería Yuri Riajovski—. En ningún momento sentimos amorar la presión de los alemanes de resultados de las acciones de nuestros aliados occidentales. De hecho, teníamos la impresión de que estaban haciendo bien poco: su campaña no era más que una astilla clavada en el frente alemán.»³¹ «Fue una lástima que los estadounidenses y los británicos no comenzasen a luchar antes», observaba, sarcástico, el teniente Pável Nikíforov, mientras recordaba que él mismo había sido herido tres veces en combate antes de que el primer aliado pusiese un pie en tierra durante el Día D.³²

La actitud que mantuvieron los soviéticos con respecto a Occidente durante lo que duró la segunda guerra mundial respondía, tal como ha señalado el historiador Orlando Figes, a una postura histórica caracterizada por «la compleja sensación de inseguridad, envidia y resentimiento en relación con Europa [que] define la conciencia nacional rusa».³³ Ciertamente rumano que visitó la Unión Soviética en septiembre de 1944 describió el sobrecogimiento que le provocaron las privaciones a que estaba sometida la población, y advirtió la combinación de soberbia y complejo de inferioridad que determinaba la actitud adoptada por sus habitantes para con el mundo: «Son conscientes de las grandes victorias que han conquistado, pero, a un tiempo, tienen miedo de que no se les trate con el suficiente respeto, y eso los perturba».³⁴ Los soviéticos desdeñaban la hipocresía política que consideraban presente en el comportamiento de sus aliados occidentales. Los angloamericanos hacían patente su preocupación acerca de la futura forma de gobierno que se adoptaría en Bulgaria y Rumanía, pero daban muestras de una total indiferencia en lo tocante a la alarma expresada por la Unión Soviética acerca de la continuidad de la dictadura fascista imperante en España. Y los rusos no podían menos de ver en tal actitud un signo propio de la doble moral burguesa. Milovan Djilas, dirigente de la guerrilla yugoslava, escribió después de reunirse con Stalin en 1944: «Quedé lleno de admiración por la voluntad despiadada, inextinguible, de los cabecillas soviéticos; y de terror, por lo inagotable de la astucia y el mal que rodeaban la Unión Soviética».³⁵ John Erickson, cronista británico del Ejército Rojo, habla de una actitud de «aislamiento asediado» presente tanto en los soldados como en los civiles del país.³⁶

Los rusos revelaron poco menos que nada a sus aliados occidentales en lo referente a sus planes operativos. Las peticiones de Estados Unidos

relativas al empleo de oficiales de enlace en el cuartel general del Ejército soviético fueron rechazadas de forma sumaria. Pese al intercambio de cumplidos de que daban muestras en público Churchill, Roosevelt y Stalin, lo cierto es que existía una clara división espiritual que separaba a los aliados orientales de sus compañeros de poniente, y que evolucionaría hasta convertirse en un verdadero abismo a medida que se acercaba el momento de hacer acopio de los despojos de la victoria. La majestuosa calificación de «Gran Alianza», acuñada en pleno fragor de la batalla, enmascaraba una realidad incontestable: a los angloestadounidenses y los soviéticos sólo los unía el objetivo común de destruir a Hitler. Fueran cuales fuesen las sospechas que albergaba Roosevelt con respecto a Churchill, lo cierto es que las metas bélicas de Estados Unidos y el Reino Unido tenían, en gran medida, un carácter altruista. De la Unión Soviética, sin embargo, no puede decirse lo mismo, y más aún cuando a las ambiciones de Stalin fueron a sumarse unas ansias ciclópeas de venganza y conquista. Así lo entendieron los alemanes implicados en los descarríos que, durante tres años, había llevado a cabo su nación en territorio soviético o los que estaban al corriente de lo allí ocurrido. En ocasiones daba la impresión de que los aliados occidentales fuesen simples intrusos, fisgones que no entendían nada de lo que escuchaban a escondidas y se inmiscuían en la lucha a muerte que estaban librando las dos tiranías rivales en el Este europeo.

El frente oriental no tuvo un minuto de paz entre otoño e invierno; pero durante los cinco meses transcurridos entre mediados de agosto de 1944 y mediados de enero de 1945, la línea polaca apenas se movió. Al Ejército Rojo le hubiese resultado imposible sostener operaciones simultáneas en Polonia, el frente del Báltico y los Balcanes. Sus soldados necesitaban tierra firme y dura sobre la que pudiesen maniobrar los carros de combate, y, llegado el cambio de año, apenas quedaba terreno con estas características. No deja de ser plausible que Stalin hubiese tenido la potestad de avanzar directamente hacia Berlín —y acabar así antes con la guerra— de haber hecho depender su estrategia de objetivos puramente militares. En cambio, optó por hacerse con el total dominio de los Balcanes antes de acaparar municiones destinadas a una nueva ofensiva en el río Vístula, en la zona central de Polonia, convertido en frente decisivo en la lucha contra la Wehrmacht. Los ejércitos de Zhúkov emplearon, pacientemente, los meses de otoño e invierno en recobrar fuerzas y extender sus inmensas redes de aprovisionamiento antes de lanzar un poderoso embate en dirección al corazón de Alemania.

«TODO VA DE MARAVILLA»

Quienes vivían en democracia gustaban de suponerse mejor informados acerca de la guerra y del mundo que los rodeaba que quienes estaban sometidos a un gobierno tiránico. Así y todo, en otoño de 1944, muchos de los soldados estadounidenses y británicos que luchaban en el frente occidental compartían una indiferencia y un desconocimiento con respecto a la nebulosa lucha que se estaba librando en el Este, que bien podían compararse con la actitud adoptada por los hombres del Ejército Rojo en lo tocante a sus aliados de Occidente. «En aquella época, sabíamos muy poco acerca de los soviéticos —reconoce el comandante William Deedes, del XII cuerpo de fusileros reales—. Resulta asombroso hasta qué punto ignorábamos lo que estaban haciendo. Estábamos mucho más interesados en escuchar a Vera Lynn cantando por la radio.»³⁷ Durante una visita a la división polaca que se hallaba a sus órdenes, el mariscal de campo Montgomery no tuvo reparos en preguntar al comandante de la unidad si, en su país, los polacos se comunicaban en ruso o en alemán. No cabe duda de que se habría asombrado si alguien lo hubiese informado de que Polonia tenía una historia más dilatada que Rusia en calidad de nación independiente. Los generales de Estados Unidos y el Reino Unido eran conscientes de las victorias del pueblo soviético, pero no sabían nada de sus intenciones, absortos como estaban en la siguiente fase de su guerra: el avance hacia el Rin. Dieron por sentado el carácter predominante de sus propias operaciones, porque, al cabo, así es la naturaleza humana.

Algunas de las batallas vividas por los soldados de las fuerzas anglo-americanas en Francia, entre junio y julio, habían infligido a la infantería daños más graves que los sufridos durante cualquier otro combate de la guerra; daños que, de hecho, podían compararse con los de algunas de las acciones bélicas de 1916. El 4.º batallón del regimiento británico Wiltshire, por ejemplo, se había visto mermado seriamente. En septiembre, ninguna de sus compañías contaba con más de ochenta hombres, y no eran pocos los pelotones que habían quedado al mando de suboficiales. El capitán Dim Robbins, al frente de una de aquellas compañías, afirma: «Normandía había constituido una experiencia terrible para nosotros. No habíamos reparado en lo buenos que eran los alemanes, a pesar de que no poseyesen nada comparable a lo que teníamos nosotros».³⁸

Muchos de los miembros del Ejército británico se hallaban exhaustos. Unos cuantos de ellos habían luchado en Francia en 1940, y un número

mayor había servido en Egipto, Libia y Túnez entre 1941 y 1942, y en Sicilia e Italia en 1943. Incluso aquellos que habían permanecido en Inglaterra y no conocían lo que era un combate habían vivido durante años entre bombardeos y racionamientos, miseria, ruinas y separaciones familiares. La mayoría pensaba que «había cumplido su parte», y en el caso de los veteranos del Mediterráneo, más que eso. Poco faltó para que, antes del Día D, estallara un motín en el 5.º de tanques reales. Mientras regresaban a casa tras tres años de servicio con el 8.º ejército, sus integrantes supieron que debían participar aún en otra gran batalla, y no pudieron menos de afligirse. El 6.º del regimiento Green Howard, que había combatido en el desierto, Sicilia y Normandía, se encontraba tan reducido en septiembre que terminó por disolverse como unidad. «Pensamos: se acabó; ahora, que siga luchando cualquier otro cabrito —comenta el soldado raso George Jackson, uno de los supervivientes—. Pero no: nos separaron y nos enviaron a reforzar otras unidades que necesitaban soldados con desesperación. Nos pareció injusto, por no decir otra cosa. Algunos de mis compañeros no eran precisamente jóvenes: tenían esposa e hijos. Y mientras, en Inglaterra seguía habiendo jóvenes llenos de energía dedicados a conducir camiones o llevar las cuentas del ejército.»³⁹

Entre tanto, los estadounidenses se mostraban cada vez más resentidos con la relativa debilidad que achacaban a los británicos y a su contribución a la contienda. El senador de Montana, Burton K. Wheeler, se quejó ante el Congreso en los siguientes términos: «Se me hace difícil entender por qué, disponiendo del mayor ejército del mundo, hemos de sentirnos obligados a llamar a filas a más hombres si tenemos luchando en la guerra el cuádruple de soldados que los británicos». Entre sus compatriotas, no faltaban ciudadanos de relieve —como el propio presidente— que veían con morboso recelo lo que consideraban un intento, por parte de Churchill, de sacrificar vidas norteamericanas en pos de la restauración del Imperio británico. En 1942, Estados Unidos había aceptado, a instancias del Reino Unido, la política por la que se concedía prioridad a Alemania. Sin embargo, muchos estadounidenses, incluidos algunos situados en lo más alto de la cadena de mando, entendían que constituía una empresa lamentable concluir la guerra europea antes de que su país hubiese ajustado cuentas con su principal enemigo: Japón.

La diferencia existente entre aliados occidentales, por un lado, y alemanes y rusos, por el otro, quedó reflejada de un modo sorprendente en la actitud adoptada ante las víctimas. Los caudillos de Stalin ardían en deseos de acometer la última fase de la lucha por Europa, y nada les impor-

taban las muertes y el sufrimiento de sus soldados, siempre que no influyesen en la capacidad del Ejército Rojo para combatir en la siguiente batalla. Los dirigentes de Alemania, por su parte, llevaban más de una década manteniendo algo semejante a una relación amorosa con la muerte. Seguían acariciando la esperanza de alcanzar la victoria final, aunque a esas alturas se había hecho evidente que Hitler estaba dispuesto a aceptar con igual entusiasmo un apoteósico baño de sangre digno del lugar que debían ocupar en la historia el Tercer Reich.

Los soldados al mando del general Dwight Eisenhower, por el contrario, compartían, en septiembre de 1944, el sentimiento de alivio que les proporcionaba el pensar que, tras Normandía, comenzaba a columbrarse el final de la guerra. En su opinión, ya se había derramado demasiada sangre, y resultaba beneficioso creer que, en adelante, se trataría sólo de limpiarla. Después de que las tropas irrumpiesen en Francia, «nos dijeron —según las palabras del capitán Dim Robbins— que el Ejército alemán se había derrumbado. Era, tan sólo, cuestión de cruzar el Rin».⁴⁰ Los hombres bendecían su suerte por hallarse tan cerca de la liberación, y muchos resolvieron arriesgarse lo menos posible durante los últimos días. El 28 de agosto, el Ministerio del Aire británico hizo llegar a todos los mandos de la RAF un memorándum en el que se recogían las medidas preventivas que debían adoptarse para la celebración del final de la contienda. No debía darse ningún tipo de comportamiento extravagante o destructivo, según se advertía en el documento. En consecuencia, los oficiales al mando de las diversas unidades debían asegurarse de que el personal no autorizado no tuviese acceso a armas de fuego, explosivos o artificios pirotécnicos. «Todo va de maravilla —recogió en su diario, el 1 de septiembre, el coronel George Turner-Cain, al frente del 1.º británico del regimiento Herefordshire—. Los hunos apenas están oponiendo resistencia.* Casi todos parecen contentos de entregarse.» Cuatro días después, escribió: «No paran de correr rumores. La radio suiza dice que Hitler ha huido a España y se ha declarado la paz».⁴¹

Eran muchos los alemanes que daban muestras de querer abandonar la lucha. «Un alemanito se nos entrega en medio de un campo de coles —puede leerse en la entrada correspondiente al 2 de septiembre del diario de John Thorpe, soldado del 2.º regimiento de caballería voluntaria Fife & Forfar—. Tiene la ropa empapada de agua, está cubierto de barro

* *Huno* se emplea en inglés como término despectivo para designar a cualquier pueblo de descendencia germánica. (*N. del t.*)

y no deja de tiritar a causa del frío y el miedo. Le ofrecemos una galleta y lo entregamos a nuestra infantería.»⁴² «Querida mamá —rezaba la carta que envió a casa Michael Gow, teniente del regimiento Scots Guards, con fecha del 1 de septiembre—: ¿No te parece espléndida la noticia? Todo indica que la retirada de los alemanes, que era, en muchos sentidos, tan magistral como nuestro avance, se ha convertido en derrota.»⁴³

Los soldados que quedaban con vida —aunque sin demasiadas fuerzas— del I cuerpo blindado de la SS se toparon con la pequeña población de Troisvierges, poco después de atravesar la frontera luxemburguesa durante su huida a Alemania.

No dábamos crédito a nuestros ojos —afirma el capitán Herbert Rink, uno de sus jefes de unidad—. En la calle principal de la ciudad se habían congregado todos los habitantes con flores y bebidas. No cabía duda de que estaban esperando a las fuerzas de liberación ... No teníamos mucho tiempo si queríamos llegar allí antes que los norteamericanos ... Salimos corriendo del bosque ... doblamos la calle principal, sin dejar de mirar al sur, y pasamos, lentamente, por entre la población expectante ... Jamás había visto personas más calladas y azoradas. No sabían qué hacer con las flores; tenían la mirada clavada en el suelo y las manos caídas en un gesto de impotencia.⁴⁴

Por fortuna para las gentes de Troisvierges, los estadounidenses estaban, en efecto, pisando los talones de los vehículos semioruga de la SS.

El médico neerlandés Fritz van den Broek se hallaba de vacaciones con su familia cerca de Maastricht y pudo observar, maravillado, el espectáculo que ofrecían las tropas alemanas de ocupación en su huida hacia el Este durante el *dolle Dinsdag* («martes loco», como bautizaron en los Países Bajos el 5 de septiembre), cargadas del botín que habían acoopiado por media Europa —óleos, muebles, alfombras, relojes e incluso cerdos—. El holandés pensó: «¡Bueno! ¡Se acabó!», antes de tomar, con satisfacción, el tren que lo llevaría de nuevo a su hogar en Dordrecht, sin preocuparse siquiera por las interrupciones sufridas durante el viaje a causa de los bombardeos de los Spitfire, y sin más planes que esperar a que transcurrieran los pocos días que parecían separarlo de la liberación.⁴⁵ «Las noticias de la llegada de los aliados nos causaron una magnífica sensación —refiere Theodore Wempe, integrante de la resistencia neerlandesa en Apeldoorn, que a la sazón contaba veinte años—. El pánico se había apoderado de los alemanes. Suponíamos que, de un día a otro, nos anunciarían el final de la guerra.»⁴⁶

«Recuerdo aquellos días como hechos de fruta —escribió el general de brigada John Stone, ingeniero jefe del 2.º ejército británico—. Los belgas llenaban los arcones con cestos de uvas, peras, manzanas, ciruelas y melocotones. Si nos deteníamos un solo segundo, se apresuraban a colmarnos de regalos, y se mostraban dolidos si los rechazábamos.»⁴⁷ «Atravesamos Francia sin encontrar, en ningún momento, resistencia alguna frente a nosotros. Nos dirigíamos, a toda velocidad, hacia Alemania —recordaba el coronel Chester Hansen, ayudante del general Omar Bradley—, y pensé que tal vez fueran a abandonar la lucha.»⁴⁸ Una encuesta de opinión llevada a cabo durante la primera semana de septiembre reveló que el 67 por 100 de los estadounidenses esperaba que la guerra hubiese acabado antes de Navidad. A propósito de la percepción de los ciudadanos, la embajada británica en Washington comunicó a Londres: «Se sigue dando por sentada una victoria rápida en la campaña europea».⁴⁹ De hecho, se informó a la Comisión de Control Aliada para Alemania que debía «prepararse para actuar en Berlín antes del 1 de noviembre».⁵⁰ «Según los servicios de inteligencia —observó el sargento Forrest Pogue—, hasta mediados de septiembre, todo el frente se hallaba imbuido de un optimismo casi histérico.»⁵¹

El 4 de septiembre, el consejo de ministros británico fijó, con fines organizativos, el día 31 de diciembre como fecha probable del fin de la guerra. El Consejo de Producción Bélica de Washington canceló algunos de sus contratos militares, una vez asumido que el material no sería necesario. El 8 de septiembre, sir Alan Brooke, jefe del alto mando imperial, hizo saber al primer ministro que, si bien los jefes de estado mayor no descartaban la posibilidad de que los alemanes pudiesen sostener la resistencia, parecía presumible que no sobrevivirían a aquel invierno. Churchill era de los pocos que disientían de esta teoría, tal como escribió al comité conjunto de servicios de información: «Existen, cuando menos, las mismas probabilidades de que Hitler continúe luchando el 1 de enero como de que caiga antes de esa fecha. Y si sucumbe antes, será más por razones políticas que militares».⁵² El dirigente británico respetaba, más que cualquier otro integrante de la cúpula de poder angloamericano, el poderío combativo del Ejército alemán. Además, estaba terriblemente familiarizado con las limitaciones de que adolecían las fuerzas armadas de los países democráticos.

Pero ¿con qué podía combatir el enemigo? Ultra, la maravillosa fuente de información secreta que revelaba a diario a los comandantes aliados los cuantiosos datos que se obtenían en Bletchley Park a partir de las

transmisiones alemanas codificadas, había puesto al descubierto bastantes detalles de la debilidad del enemigo. Cierta estimación efectuada por los servicios de espionaje el 12 de septiembre daba a entender que Alemania sólo podía desplegar diecinueve divisiones en la defensa del Westwall —la cadena fortificada que rodeaba el país, conocida también como la Línea Sigfrido—, a las que tal vez se sumase un refuerzo de cinco o seis a final de mes. «Es imposible defender el Westwall con tal número de fuerzas, por más que reciban ayuda de restos de otras unidades y abundantes baterías antiaéreas.» Un informe secreto redactado en tono jubiloso por el 2.º ejército británico el 5 de septiembre insinuaba que la actividad de los grupos guerrilleros contra los aliados iba a suponer una amenaza más seria que lo que quedase del Ejército alemán.

Es casi seguro que el enemigo no ha mantenido dentro de sus fronteras a una reserva lo bastante adiestrada o equipada para tener a raya a una fuerza invasora durante mucho tiempo, en particular si ésta posee unidades blindadas ... Sin embargo, conquistar Alemania no es igual que conquistar Francia. Allí no contamos con el respaldo de la población ... los focos de resistencia que dejemos atrás van a ser mucho más que un fastidio, y se multiplicarán los ataques de francotiradores y los asaltos menores a vehículos aislados, coches de oficiales, etc. Aun en el caso de que el avance resulte relativamente fácil, habrá que ir limpiando de enemigos la retaguardia. También tendremos que despojar a la población civil de las armas que pudiesen haberle proporcionado.⁵³

Los comandantes estadounidenses compartían su postura. El ayudante de Bradley escribió el 5 de septiembre: «Brad cree que, una vez crucemos el Rin, los alemanes pueden venirse abajo o ... si la SS mantiene aún cierto control, obligarnos a limpiar el país a fuerza de escaramuzas, lo que constituirá un proceso tan costoso como molesto».⁵⁴ El enemigo también parecía estar de acuerdo en este particular. Así, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt hizo saber a Hitler, el 7 de septiembre, que harían falta seis semanas para proveer de hombres el Westwall y hacerlo defendible. Entre tanto, el grupo de ejércitos B —el principal contingente con que contaban los alemanes en Occidente— no dispondría sino de cien carros de combate con los que hacer frente a los dos mil de los aliados. Ludwig Seyfeert, general al mando de la 348.^a división germana, confesó a los que lo interrogaron tras ser capturado el 6 de septiembre: «Los aliados podrían haber llegado al corazón de Alemania en menos de dos meses».⁵⁵ Dos días antes, el cabo Joseph Kolb había escri-

to a su familia desde la guarnición asediada de Calais: «Sigo vivo, aunque acaso sea ésta la última carta que os escribo. No sé cómo acabaremos, si muertos o en cautividad». El soldado raso Fritz Gerber se expresó en términos semejantes: «La única esperanza que nos queda es que nos hagan prisioneros. Os quiero. Recibid mis últimos saludos desde el frente occidental, y en caso de que no volvamos a vernos en esta vida, rogad para que podamos reunirnos en la otra».⁵⁶ El sargento Helmut Günther, que luchaba en el río Mosela, con lo que quedaba en pie de la 17.^a de infantería blindada (*Panzergrenadier*) de la SS, refiere: «Nos asombró que los aliados estuviesen tardando tanto en entablar combate con nosotros. Estábamos totalmente exánimes. Sin embargo, nos estaban ofreciendo la oportunidad de tomar aliento y reagruparnos en Metz. Nos parecía extraordinario».⁵⁷

En el interior del Tercer Reich, las gentes informadas ajenas al régimen de Hitler se exasperaban ante la inminente llegada del fin de la guerra. Sólo la paz podría poner fin a la muerte implacable: la victoria aliada llevaría la esperanza de vivir a millones de prisioneros, y en especial a los que habían osado oponerse a la tiranía nazi. «Para los miles de ciudadanos apresados por la Gestapo y para los que se sabían en su punto de mira —escribió Paul von Stemann, periodista danés que pasó la contienda en Berlín—, la espera se había convertido en una carrera en la que lo que se apostaba eran sus vidas. “Con que aguanten hasta octubre...”», dijo alguien. “Cuando lleguen los aliados, estarán a salvo.” También hubo quien aseguró: “La guerra no puede durar hasta Navidad; es sólo cuestión de perseverar”...»⁵⁸ Von Stemann no pudo menos de inquietarse al oír al comandante Sommerfeldt, portavoz militar oficial de Alemania, observar, con aire despreocupado, un día de septiembre, que suponía que los aliados atravesarían la Línea Sigfrido de un momento a otro, «tras lo cual, la guerra habrá acabado antes de que pasen dos semanas».⁵⁹ Las palabras de Sommerfeldt le parecieron una revelación —más o menos oficial— de la desesperación que se vivía en el seno de la Wehrmacht.

El ministro de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, decretó, el 24 de agosto, el cierre de todos los teatros, cabarés y escuelas dramáticas de Alemania, y disolvió todas las orquestas a excepción de las imprescindibles para las emisiones radiofónicas. Desde aquel momento sólo pudieron publicarse obras científicas y técnicas, así como libros de texto y «ciertos trabajos políticos de uso común». La semana laboral se amplió a sesenta horas, a lo que fue a sumarse una prohibición «temporal» en lo relativo a las vacaciones. La señora Keuchel, ciudadana de Betz-

dorf, escribió a su esposo: «Se hace horrible leer los comunicados y comprobar que los ingleses no dejan de avanzar y están cada día más cerca. Aquí, la gente vive aterrorizada ... No dudo de que habrás tenido noticia de que han prohibido las vacaciones y, para colmo de males, han instaurado la semana de sesenta horas. Para cumplir con la normativa, tendría que salir de Betzdorf a las cuatro de la mañana para llegar a la oficina». ⁶⁰

Desde Weichselstadt, en Polonia, la señora Kaiser confió a su marido, sargento mayor destinado al frente occidental: «Tengo los nervios destrozados ... Tu pequeña está muy enferma: sufre una intoxicación alimentaria y tiene fiebre altas. Ni siquiera el doctor sabe cuál es la causa. Yo estoy convencida de que es la guerra: la comida es mala, y el pan, espantoso. ¿Qué va a ser de nosotros? Tú estás tan lejos, y yo estoy tan sola... Día y noche oímos el estruendo en la distancia. Todos, polacos y alemanes, están cavando trincheras. ¿No podrías hacer que te capturasen durante una de las emboscadas?». ⁶¹ La carta de la señora Strauch, esposa de un sargento, no era diferente: «Hoy es domingo; el cielo está nublado y hace frío: nada podría casar mejor con mi estado de ánimo. Tengo ganas de llorar y, sin embargo, no puedo creer que Dios vaya a permitir que los alemanes sean sojuzgados por asesinos como los rusos». ⁶²

El 3 de septiembre, el mariscal de campo Walter Model, «bombero del Führer», que había salido airoso en calidad de comandante en jefe del grupo de ejércitos B tras el suicidio del derrotado Günther von Kluge, dio a sus hombres la siguiente orden del día: «Hemos perdido la batalla, pero os aseguro que aún podemos ganar la guerra. No puedo decir nada más, aunque sé que hay muchas preguntas que queman los labios de cada soldado. A despecho de todo lo ocurrido, no pienso dejar que se tambalee vuestra devota fe en el futuro de Alemania ... Este trance separará a los hombres de verdad de los enclenques». Sus enigmáticas palabras no eran sino un reflejo de las esperanzas que albergaba en lo tocante a los nuevos cohetes y cazas a reacción prometidos por Hitler, que, a decir verdad, apenas ofrecían perspectivas realistas de evitar la derrota. Más tarde, los estadounidenses calcularon que los recursos despilfarrados en la construcción de estas «armas maravillosas» habrían bastado para fabricar veinticuatro mil aviones de combate convencionales. De cualquier modo, lo cierto es que aquel comandante bajito, robusto y soez del grupo de ejércitos B mantuvo su inquebrantable lealtad a Hitler. A pesar de su pericia castrense, su comportamiento, como el de muchos de sus colegas, nacía de su negativa a enfrentarse con la realidad. A la postre, cualquier análisis militar racional estaba abocado a la desesperación.